



SUMERGIDO EN TI

Eric Elmer

SUMERGIDO EN TI



Primera edición: mayo 2019
Segunda edición: noviembre 2019
Tercera edición: diciembre 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Eric Elmer

ISBN: 978-84-18544-64-4
ISBN digital: 978-84-18544-65-1
Depósito legal: M-30423-2020

Editorial Adarve
C/ Ros de Olano, 5
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis padres, por ser.

A Nico, por estar.

Inspirada en una historia real.

Los personajes y hechos han sido modificados para proteger a
terceros.

PRÓLOGO

Cuando alguien te propone presentar su libro te son concedidas dos emociones: el halago que representa su confianza en ti y el miedo de que la obra que vas a presentar no sea de tu gusto. Si se trata de alguien de quien conoces su trabajo, la duda es menor. Pero si, como en este caso, se trata de un desconocido para ti, temes que el compromiso vaya a ser la fuerza que te empuje a intentar ser hipócrita. Y digo intentar, porque, aunque muchas cosas se me dan bien en esta vida, la de ser hipócrita se me atraganta, me salen sarpullidos en los pezones y me rondan ideas suicidas, pero para con los demás.

Las cosas no se arreglan cuando te dicen la edad del autor. Veintún años. Tengo mucha ropa en mi armario con más edad que él.

Pues bien, me dispongo a leer la novela con el peso de todo mi escepticismo sobre ella, y ya en el primer capítulo se libera de ese marcaje con una cinta ejecutada a la perfección y me deja desnudo delante de una prosa magistral.

El argumento circula sobre la trama, a *grosso modo*, de una obra de culto del realismo sucio: *El guardián entre el centeno* de Salinger, un joven inadaptado que no encuentra su lugar en el mundo y cuyo relato se desarrolla en primera persona. Holden Caulfield en *El guardián entre el centeno* tiene unos pocos años menos, pero su necesidad de huir es comparable a la de Ethan, el protagonista de *Sumergido en ti*. Aunque el tema general sea similar, la forma y el contenido apenas coinciden en nada.

Para empezar, Eric utiliza partes del realismo sucio para dar crudeza al relato, pero no lo hace parco de adjetivos y tiene des-

cripciones que no rozan, sino que se sumergen de lleno en la prosa poética, aunque siempre introduciendo algunas interjecciones frescas y actuales para jamás llegar al empalago.

La lectura te engancha desde el inicio. Las dudas existenciales que atormentan al protagonista son sombras que nos acompañan también de mayores. Seguimos temiendo al futuro y dudando sobre continuar o desaparecer, dejarse arrastrar por la inercia que nos aboca a decepcionantes resultados o arriesgarse a romperlo todo, poner todas las fichas al 8 sin saber cuánto perderás realmente si no se obra un milagro.

El protagonista, a pesar de su edad, tiene muy bien aprendida la teoría. Incluso da consejos muy maduros y menciona las ventajas de meditar, controlar las emociones y llega a conclusiones analíticas profundas. En ocasiones, durante la lectura, nos cambiamos los roles y parece que el hombre de mediana edad, bueno, viejo, que ha escrito el libro me está hablando a mí, al YO joven que conservo en mi inconsciencia.

Durante la narración, Ethan menciona más de una docena de canciones y autores. Si no las conocéis, os recomiendo que las busquéis en Youtube y las escuchéis. Son una delicia y os envolverán en el relato.

Sus descripciones del placer, el dolor físico, la ansiedad del jugador, la depresión, la dependencia emocional, la ebriedad, y sobre todo y por encima de todo, el dolor emocional y el sentimiento de vacío, son demasiado precisas, exactas y concisas como para disimular que han sido reales.

Creedme, quien no haya sido jugador, leyendo este libro buceará profundamente en la mente de un ludópata: la increíble fuerza de la adicción, el subidón de adrenalina, la imposibilidad de detenerse y las terribles ganas de desaparecer después... del todo... para siempre.

En esta novela hay muchas coincidencias con mi vida, por lo que algunos pasajes de la obra me han transportado a episodios de mi historia. El recuerdo se ha mezclado con sus palabras y he re-

memorado sensaciones que tenía dormidas. No todas agradables, pero sí necesarias para ser quién soy. Con lo que me he sorprendido a mí mismo gritando: ¡Eso es!, eso es exactamente lo que sentí, eso es lo que pasó.

Independientemente de que os identifiquéis o no con el protagonista, os sumergiréis en todos sus sentimientos.

Bienvenidos al carrusel emocional de un joven inadaptado casi por voluntad propia. Una historia intemporal, otro rebelde sin causa, otro Holden Caulfield en otra época y otro escenario, pero con todo el frío en los huesos y en las almas de Suiza; con toda la pasión sexual contenida de quien tiene la afición o la maldición de salvar a dragonas en lugar de princesas; con los duelos a muerte perdidos en el casino, sus cielos e infiernos con finas y difusas fronteras. Bienvenidos a consecuencias de divorcios, a distancias, a los delirios de grandeza de las moscas estrellándose en cristales de ventanas; a los cuerpos jóvenes con almas viejas y mentes heridas de gravedad. Bienvenidos a la impaciencia para resolver nuestras dudas existenciales y a la decepción de hallar las respuestas.

Bienvenidos a *Sumergido en ti*, una tercera edición totalmente justificada y que auguro, no será la última.

¡Enhorabuena!

TOMEU RIPOLL

PRIMERA PARTE

MÁSCARAS

1

¿Qué ocurre cuando todo colapsa? No sé. No me considero una persona violenta, pero matar al hombre que tengo enfrente a base de puñetazos de repente no me parece imposible. Él no tiene la culpa, simplemente es la sensación de que nada importa. Quizá la pregunta que debería hacerme es otra. ¿De qué sería capaz si todo se desmoronara? Tampoco lo sé. Me puedo poner en plan filosófico. La pregunta aparece y desaparece como una puesta de sol, dejándome vacío y en la oscuridad y... no. Ahora no tengo tiempo para esto.

Me paso la ficha morada entre los dedos de mi mano hábil y con la izquierda juego con las demás, las negras, haciendo sonar un traqueteo que me relaja. Normalmente este sonido suele indicar que tienes suficientes fichas y que todo va bien. Esta vez, aunque no me esté yendo bien, consigue mantener a raya mis nervios porque en mi mente ya está hecha la relación.

Las negras tienen un valor de cincuenta euros; la morada, de quinientos. El *croupier* espera mi decisión y yo sigo sin saber qué cantidad jugar. Da igual la cantidad cuando vas ganando, pero mi montón oscuro prácticamente ha desaparecido y ya solo quedan los restos. Ahora el desastre está allí, al final de la mesa, observándome directamente a los ojos.

Tras meditar unos segundos coloco doscientos euros en mi casilla y, acto seguido, como si temiera que me lo pensara mejor y retirara parte del dinero, el *croupier* empieza a sacar las cartas de la máquina que se encarga del mezclado y hace que sea imposible

contar. El blackjack se ha convertido en un juego de mierda en el que sabes que a la larga vas a perder. El problema es que yo creo tener la solución final con la que arruinaré a todos los casinos.

Tengo un rey de rombos y un ocho, el *croupier* un siete. Me sudan las manos y mis dedos no dejarían de temblar de manera frenética y compulsiva si no me estuviera esforzando en controlarlos. En caso de que su carta sea un diez, J, Q o K, gano; si es de un valor inferior y la suma no llega a 17, tiene que volver a coger. Es un seis. Clava sus ojos en los míos y, con exagerada lentitud, pasea su mano por encima de la mesa intentando hacerme perder los nervios. Yo desvíó la mirada en busca de alguna distracción que disipe la ansiedad adherida a mis pensamientos y acabo encontrando a Fran. Está detrás de mí, viendo como malgasto mi dinero. Supongo que para él también debe ser difícil; es decir, es fácil ser amigo mío cuando gano, pero él siempre está allí cuando pierdo.

—Pásate —susurra.

Se refiere al *croupier*. Teniendo 13, si saca una figura o un nueve hace más de veintiuno, se pasa y pierde.

Saca un ocho.

—¡Me cago en todo! —grito.

Miro la última ficha que me queda y vacío el aire acumulado con un resoplo que llama la atención del *croupier*. Él me sonríe tratando de no parecer un cabrón que quiere quedarse con mi dinero.

Cabrón.

Sabe que lo inteligente por mi parte sería ir a casa y no volver nunca más, pero también sabe que no lo voy a hacer. Ahora mismo esa opción no existe en mi mente. Para mí, todo se reduce a ganar o perder. Tan simple como eso. Así que pongo la ficha de quinientos euros en el centro de la mesa y espero a que reparta.

Cabrón.

Tengo un catorce, él un diez. Es mi turno de decidir. Odio estas decisiones. Odio lo nervioso que me ponen y odio saber que en el fondo me gustan porque consiguen borrar el resto del mundo, aunque tan solo sea por unos segundos.

La decisión correcta, matemáticamente hablando, es pedir carta y rezar que salga algo rentable, pero la posibilidad de pasarme y que el *croupier* gane sin tener que hacer nada es elevada y hace que me vaya a explotar la cabeza.

«No pasa nada», pienso. Al menos así tendrían que limpiar los restos de mis sesos.

Respiro hondo y pido carta. Fran no puede resistirse y vomita uno de sus *Madre mía*. Y... la carta es un nueve. ¡Un puto nueve! El *croupier* chasquea con la lengua y se lleva mi ficha morada.

Le doy una patada al BMW aparcado al lado del Clio de Fran y me asusto porque creo que va a empezar a sonar la alarma, pero el ruido del golpe forma un eco que desaparece gradualmente y deja el *parking* entero sumergido en un silencio pastoso. Entramos al coche. Fran empieza a conducir sin decir ni una sola palabra.

Gracias.

Odio cuando la gente intenta consolarme. La vida es dura, dejadme en paz. Lo que sí podría hacer es distraerme, pero él nunca ha sido de monólogos y yo, bueno, nunca he sido de escuchar. Supongo que por eso encajamos.

Las farolas de la autopista cada vez van pasando más deprisa y acaban reflejándose como una única línea continua en el parabrisas. Bajo los faros, las gotas de lluvia forman una extraña cortina de perlas brillantes.

—Aquí estamos —dice mientras se desabrocha el cinturón.

La lluvia sigue imponiendo el ritmo de la noche.

—Bueno... —empieza diciendo. Me mira de reojo y continúa—: ¿Qué vas a hacer ahora?

Eso sí que es una buena pregunta. ¿Qué voy a hacer ahora? No lo sé. La acabo de cagar, como de costumbre. He perdido todo lo que me quedaba y ahora no puedo seguir jugando. Mi vida parece haberse quedado vacía, sin sentido.

—Cinco mil pavos.

—Ya.

—¡¡Cinco mil!! —le doy un puñetazo a su guantero. Me arrepiento, pero no le pido perdón—. ¿Por qué soy tan tonto?

—Mira que era fácil seguir tus propias normas, eh. Pero no, tenías que seguir jugando.

—Fran, ¿qué hago con mi vida?

—Supongo que podrías empezar Psicología, ¿no? Y así no estás otro año sin hacer nada.

—Ya han empezado las clases.

Resopla.

—Pues no sé. Espabila.

Nos despedimos y empiezo a caminar por las calles vacías de Andratx, incapaz de arrancarme de la cabeza la imagen de mi ficha morada desapareciendo en las manos del *cabrón*. Al llegar a casa mi ropa está totalmente empapada. Me gustaría ducharme y fingir que el agua se lleva mis pensamientos por las tuberías, pero sé que despertaría a mi padre; así que me pongo el chándal y la sudadera que uso como pijama y enciendo el ordenador. Abro dos pestañas: YouTube y Gmail.

«Espabila, Ethan», me digo buscando un mensaje que recibí hace unas semanas.

Querido señor Díaz:

Le informamos que nuestra organización sigue estando dispuesta a contratarlo. El trabajo sería el mismo que describí en nuestra conversación por teléfono.

Estamos esperando su respuesta y deseando que pueda unirse a nosotros lo antes posible.

Atentamente,

SRA. MILLER.

Sigo el ritmo de la canción *Bad Karma*, de Axel Thesleff, clicando el botón del boli que he encontrado encima del escritorio. Leo y releo el mensaje. Y lo vuelvo a leer. No quiero ir a trabajar a Suiza. Bueno, no quiero trabajar, punto. Quiero jugar al blackjack sin

fastidiarla y forrarme, y viajar en caravana visitando cada casino de Europa. De vez en cuando, como premio, dormiría en algún hotel de cinco estrellas. Quizá los casinos incluso empezasen a invitarme a sus suites para que me quedara más tiempo y así poder intentar recuperar el dinero perdido. Ellos no sabrían que yo no juego, yo gano. O solía hacerlo, al menos. El problema es cuando no lo hago y me vuelvo loco y pierdo todo mi dinero y acabo leyendo *mails*, a las cuatro de la mañana, sobre un trabajo a cientos de kilómetros de casa.

Espabila.

Tengo que tomar una decisión cuanto antes, sino mi madre se pondrá nerviosa y empezará a soltarme sermones sobre cuál es el camino correcto para mí. Antes me daba igual, porque tenía dinero y eso me daba cierta libertad. Esa es la única utilidad real del dinero, estar en una situación en la que puedes decir, alto y claro, sin que importen las consecuencias: ¡Que os jodan!

Ethan, estudia.

Que os jodan.

Ethan, deja el casino.

Que os jodan.

Ethan...

Pero eso habría sido demasiado bonito, demasiado fácil. Ahora no me queda otra que tragar y escoger una opción y simular que soy suficientemente responsable como para aceptar las consecuencias de mis actos. No sé, supongo que, en realidad, es la decisión la que me acaba tomando a mí.

—Entonces, ¿te vas?

Fran cierra la puerta y se apoya en ella. El sol calienta su portal y hace que el ambiente sea casi agradable, como si no fuera una despedida.

—Es la primera vez en mi vida que no voy a estar para tu cumple, ¿lo has pensado?

—Sí, qué *joputa* que eres —dice.

Ambos reímos.

Pausa.

—Bueno, ya te diré qué tal en el curro.

—A ver cuántos días duras.

—Idiota.

Otra pausa, más larga, más profunda, más dolorosa.

—Que vaya bien el vuelo —acaba diciendo.

—Gracias.

Nos abrazamos en silencio. Hay veces que de esta manera el mundo también parece callarse, pero no puedo abrazar a alguien eternamente. Nos cansaríamos el uno del otro.

Entro al avión y me siento en la butaca 20 B. Habría sido gracioso si fuera la 21 B, pero allí hay una mujer unos años mayor que yo. Lleva gafas y me mira como si le hubiera molestado haber decidido mirarme. Finjo no darme cuenta y me concentro en encontrar una posición para mi chaqueta que transforme este asiento en algo soportable. Las piernas apenas las puedo mover sin molestar al pasajero del asiento 19 B y, para colmo, el subnormal decide saltarse las normas e inclinar su silla hacia atrás antes del despegue. Me hago pequeño, porque si decido hacerme grande reviento y le acabaría dando una patada. Así que me hago pequeño y me duermo.

Cuando abro los ojos estamos a punto de aterrizar en Zúrich.

2

Espero a que mi maleta aparezca dando vueltas en la cinta número doce, luego desciendo a la primera planta y me dirijo hacia la estación de transportes públicos.

Me subo al tren y diversos *flashbacks* empiezan a desfilan ante mí. Ahora es imposible fingir que no estoy en Suiza. Aquí los trenes son diferentes. No me refiero a su estructura en sí, o a sus mecanismos, o cualquier cosa de esas, hablo del sabor del aire, caminar entre los asientos de un vagón suizo tiene para mí el mismo efecto que comer un buen trozo de queso emmental, o escalar los Alpes, o...

Para un turista debe ser distraído observar a los pasajeros de uno de estos trenes. Aquí es donde los suizos irradian toda la magia de su carácter. Toda su rareza, quiero decir. Yo soy medio suizo; o sea, mi madre lo es y, por haber pasado nueve meses en su barriga, tengo el derecho a decir que la mitad de mi persona es del mismo sitio que los tobleronos.

Los demás pasajeros del vagón hablan tan flojo que su voz se confunde con el ronroneo casi inexistente del tren. Algunos están cenando, pero mastican tan despacio que no molestarían ni a una mosca dormida en su regazo.

Quedan cuarenta minutos para llegar a Uetikon. Mi tío tiene allí una casa grande y vieja. Suele alquilar las habitaciones por separado y usar el dinero en reparaciones para luego poder exigir más alquiler. En invierno siempre hay menos inquilinos porque no hay calefacción incorporada y eso en Suiza es inconcebible. Además,

por la noche, cuando alguien va al baño, el suelo cruje y hace ruidos extraños. Pero yo no soy una persona con el sueño ligero, así que no pasa nada.

Cierro los ojos y el suizo que come patatillas a cámara lenta desaparece.

Me levanto de la cama, desayuno y voy a clase. Es la época del instituto. Soy un yo en pequeño, sin el bigote y la perilla que llevo ahora y con el pelo más largo. Estamos en el patio jugando a fútbol y eso es estúpido porque nunca he jugado a fútbol en el instituto. Jugar a fútbol en el recreo era de *matados*. Marco un gol y la grada grita. Suena el timbre, la gente empieza a entrar en clase y yo me quedo quieto sintiendo que algo raro está pasando.

¿Y Suiza?

Poco a poco desciendo a la realidad.

Me deslizo por la oscuridad mientras escucho música en mis auriculares. De fondo suena el traqueteo de las ruedas de la maleta. La luna es una sonrisa de gato malvado. Alguien me dijo una vez que las estrellas, en las noches frías, resplandecían más. No sé si eso encaja para cada noche, pero yo parezco un tren de vapor, mis orejas parecen no formar parte de mí y las estrellas brillan como nunca, así que por ahora me lo creo.

A lo lejos se puede ver la casa de mi tío. Cerca hay una gasolinera, pero ya han cerrado y la única luz que hay es la que aparece cada diez u once metros flotando sobre mi cabeza, como si fuera un ovni que quisiera abducirme. Al llegar al portal empieza a sonar mi canción favorita de Linkin Park y decido esperar fuera para poder cantar el estribillo tranquilo.

«I've become so numb, I can't feel you there...»

Pasado el clímax, me recompongo y tiro de la campana. Unos segundos después aparece Tom. Nos abrazamos. Huele a maría y lleva consigo una sonrisa floja. Parece un adolescente; aunque al entrar en la cocina y verle bajo los rayos de luz, los años sobre sus hombros lo atrapan de nuevo. Nos sentamos alrededor de la mesa

de madera y busco algún detalle que haya cambiado en los últimos dos años, pero todo sigue igual. Todo está pintado de un color verde oliva, incluidos los muebles y la chimenea. La nevera sigue siendo lo que más destaca. Es roja.

Sin tener que volver al pasillo, hay otra puerta que conduce directamente a un pequeño salón. Estas dos habitaciones son las únicas de la casa que mantienen un clima habitable.

—Tendrás que comprarte otra cosa si no quieres morir —me dice mi tío señalando mi americana y cogiendo dos cervezas de la nevera.

Me río. Abre un paquete de galletas saladas y las coloca en medio de la mesa. Después me pregunta que cuándo empezaré a trabajar.

—Mañana a mediodía tengo una reunión —contesto.

Asiente, se bebe media cerveza y eructa. Nos reímos. Tengo hambre porque no he cenado, pero no me apetece comer galletas. Quiero carne y patatas, o un plato de pasta con nata. Sé que seguramente no haya nada de eso en la nevera y que la bolsa que tengo delante es mi mejor opción para llenar el estómago. Mientras mi tío se lía un cigarro, mis dedos van impregnándose de aceite y orégano. Le da una calada al cigarro y me lo extiende. Digo que no.

Diez minutos después se abre la puerta de la cocina y aparece una mujer de pelo rubio. En el tiempo que tarda en volver a cerrar la puerta entra un frío helado desde el pasillo que me pone la piel de gallina.

—¡Ah! —exclama cuando nos ve—. Hola.

—Ethan —digo levantándome de la silla.

—Luna.

Le doy dos besos y ella se queda con cara de tonta al intentar darme el tercero. En Suiza dan tres. Son extraños incluso para eso.

Luna pone a calentar un poco de leche y mantiene la mirada clavada en una taza vacía. Es como si acabara de despertarse de un período de hibernación. El mundo entero ha dado tantas vueltas sobre sí mismo que ya nada le parece igual.

—Y tú, Luna, ¿cuándo vuelves al curro? —mi tío se levanta a por otras dos cervezas y ella se gira hacia nosotros.

—Ni idea. Tengo que hablar con Sam para saber qué me dice.

—¡Ajá!

—Gracias por preguntar —dice forzando los mofletes y consiguiendo inclinar los labios para dibujar una sonrisa en su rostro.

Mi tío se acaba su cerveza de una tirada. Mira el reloj y dice que es la hora de irse a dormir.

—Hay algunos que madrugan —añade.

También dice que mi habitación es la de arriba del todo. Después me desea suerte para mañana y se despide con un eructo. El frío vuelve a abofetearme. Luna vierte un poco de leche en la taza y le echa dos cucharadas de colacao.

—¿Suerte para qué? —pregunta dándose la vuelta.

La miro. Sus ojos son azules, creo. Quizá grises. Viste una sudadera blanca que le llega a la mitad de sus muslos.

—Para una reunión de trabajo.

—¡Qué bien! —da un trago a la taza y parece ganar fuerzas para continuar con la conversación.

No soporto la primera media hora que transcurre una vez he conocido a alguien. Los silencios son como cánceres andantes. No me cuesta extriparlos, pero de repente todo son caras y risas falsas. Me pregunto qué ocurriría si la gente decidiera saltarse esa parte y fuese directamente a lo trascendental. Supongo que no funcionaría. No suele ser buena idea lo de abrirse sin primero pasar por los preámbulos.

Luna habla a otra velocidad que los demás, más lenta y pausada. Todas las palabras que salen por su boca parecen agarrarse entre ellas. Empiezo a pensar que quizá el problema sea que lleve tres días sin dormir.

—¿Quieres que ponga música? —pregunta.

Me parece buena idea. Eso hará que los silencios sean menos cancerígenos. Luna abre YouTube y me extiende su Samsung S7. Después de dudar unos segundos, escojo el álbum Clandestino, de Manu Chao.

—Me gusta —dice moviendo la cabeza de arriba a abajo al compás que marca la guitarra.

Parece uno de esos muñecos de plástico que la gente tiene en su coche y que la cara les rebota sin parar. Con el moño, su cara también es redonda.

«A una ciudad del norte yo me fui a trabajar, mi vida la dejé entre Ceuta y Gibraltar. Soy una raya en el mar».

3

Estoy en un ascensor. Me miro en el espejo y trato de atusar mi pelo de alguna forma que no revele que acabo de despertarme. Despertarse después de las nueve es pecado para los suizos. Me sudan las manos. Lo hacen siempre que estoy nervioso.

Las puertas metálicas se abren y una oficina blanca y vacía aparece ante mí. Sería un buen sitio para encerrar a alguien y que se volviera loco.

—Señor —dice alguien. Miro hacia el lugar del que proviene la voz y me encuentro con *ella*, la mujer del correo. Lo sé por su foto de perfil de Messenger. ¿Quién narices sigue usando Messenger hoy en día?—. Señor Díaz, ¿cierto?

Sonrío. Todavía no estoy acostumbrado a que me llamen *señor*. Me seco la mano en el pantalón sin que parezca un gesto extraño y se la estrecho con fuerza. Ella parece satisfecha con el saludo, así que yo también lo estoy. Me pregunta qué tal el vuelo, si quiero café para despertarme —no ha funcionado mi peinado exprés—, y me ofrece una silla en su despacho.

—Bien. Sí, gracias. Gracias.

Habla durante veinte minutos sin tan siquiera hacer una pausa para comprobar que la escucho. Supongo que confía en el café.

El trabajo consiste en ir casa por casa, tocar la puerta y convencer a la gente de que donar dinero a la organización no es un timo. Si mis futuros clientes supieran cuál va a ser mi sueldo probablemente empezarían a insultarme.

Pero la cifra de mi salario tiene que ser irrelevante, y mi trabajo es reemplazarlo sutilmente por un saco de sentimientos de afecto,

empatía y compasión hacia las personas a las que se supone que llegará el dinero. Ese es mi trabajo. Dar pena en nombre de otras personas y forrarme yo. No está tan mal; a parte de lo lamentable que es, quiero decir. Además, seremos un grupo de cinco y cada semana iremos a trabajar a una ciudad distinta. Eso también puede estar bien.

Al día siguiente, todos los del grupo nos encontramos en una cafetería. Tenemos la misma edad, con un año de diferencia como mucho, pero ellos ya han trabajado para la empresa y claramente están más tranquilos que yo. La más novata del grupo, sin contar-me a mí, es la única que lleva una maleta en vez de una mochila. Va tan maquillada que me asusta imaginármela recién despertada, con la cara apoyada en mi pobre almohada llena de rímel corrido. No me acuerdo de cómo se llama. El saludo ya requiere suficiente concentración como para estar intercambiando información importante.

Al salir de la cafetería caminamos por calles impecables en las que las palomas parecen no defecar. Después de una hora, por fin llegamos a lo que será nuestro piso provisional. Consta de un salón con una pequeña televisión y dos sofás, tres habitaciones con camas de matrimonio y un baño en el que sería imposible tumbarse estirado.

Dejamos nuestras pertenencias desperdigadas por el salón y saltamos encima de los sofás.

—Oye, Ethan, por curiosidad... ¿Consumes algo? —pregunta Ben fingiendo que mi respuesta no va a determinar cómo va a seguir tratándome.

—No.

—Bien. Muchos en este trabajo lo hacen.

—¿Lo hacen? —dice Dan de una forma sarcástica. ¿O era Dam? No lo sé.

—Lo más importante que tienes que saber —comenta Ben—, es que a estos tontos no les tienes que hacer ni puto caso.

Recibe un puñetazo de cada lado y todos reímos.

—¿Cómo has encontrado este trabajo? —quiere saber la chica del maquillaje.

Podría usar sus pestañas para peinarme. Los labios son de simetría perfecta y sus mofletes ligeramente hinchados me hacen pensar que, en otra época de su vida, seguramente estuviera por encima del peso que se considera normal. Puede que le hicieran *bullying* llamándola gorda y cosas así y por eso ahora esté obsesionada con usar tanto maquillaje. Secuelas de vivir en una sociedad que no se preocupa por las consecuencias de las vidas ajenas. O puede que simplemente le guste maquillarse.

¿Cómo he llegado hasta este trabajo? Con este tipo de preguntas solo tengo que poner el piloto automático y empezar a hablar como un robot. Lo único que hay que calibrar es el grado de sinceridad. La chica se merece un grado siete por sus ojos. Eso implica detalles importantes y privados sin dar las razones que hay en el trasfondo de la historia, pero hay tres personas más y esas personas hacen que mi relato tenga un nivel de sinceridad del tipo cinco. Suficiente para dejar de ser un desconocido y, al mismo tiempo, que no tengan noción real de quién soy.

Para mí, el grado de sinceridad no es más que el número de capas que quiero dejar expuestas. Lo importante de ello es que, a medida que nos acercamos al centro, al núcleo de cada persona, de su verdad, las capas se vuelven más y más densas. Por lo tanto, la cantidad de franqueza que decido exponer se representaría gráficamente como una función exponencial. Es por eso que creo que no conocemos prácticamente a nadie, porque un simple punto de la escala, a medida que la subimos, es un mundo entero. Dentro de esa franja ya no se esconden historias y anécdotas, ni siquiera las más vergonzosas. En esa franja, la más alta de la gráfica, encontramos nuestra propiedad. La esencia.

—Mis padres son cantantes y por eso siempre he pensado que yo también acabaría viviendo de la música, pero en el momento de decidir qué hacer, si estudiar o no, o qué estudiar, estaba en el

bachillerato científico y no tenía ni puta idea de cómo debía seguir mi vida. No había nada que me llamara la atención. Al final, supongo que más por inercia que por otra cosa, decidí estudiar una carrera. Mi profesor de Física me aconsejó que estudiara Ingeniería electrónica y eso hice. Empecé la carrera sin tener claro cómo iba a ser y, después de un mes, ya me pareció un completo aburrimiento. Tenía que pasarme horas y horas analizando programas de ordenador para darme cuenta de que el fallo era un punto y que ese punto debía ser una coma. Al resto de mi clase les encantaba. Supongo que se sentían útiles. «Voy a ser ingeniero», decían. Eso les llenaba de orgullo. En fin... Dejé la carrera y empecé a jugar en el casino, a la espera de hacer Psicología. Al final tampoco vi claro que me fuera a gustar la Psicología, así que seguí jugando. Durante un tiempo gané bastante. Ganaba y ganaba. Al final lo perdí todo —me río—. Y bueno, allí estaba yo, en bancarrota y sin nada que hacer aparte de viajar a Suiza y dar pena a la gente para que done a otras personas aún más en la mierda que yo.

La chica me mira muy fijamente. De vez en cuando hace mover sus pestañas como un abanico. Seguramente sienta un poco de lástima porque me considera una hoja movida por el viento. Con un poco de suerte, eso la atraiga. No lo creo. Más bien diría que tiene pinta de ser de esas personas que me llamarían *Hippie Fly* por no tener un plan claro en la vida.

Mi móvil empieza a sonar con *Knockin' on Heaven's Door*. Es mi madre. Me levanto, cojo el móvil y entro en el baño.

—Hola, Mamá.

—¿Qué tal estás?

—Súper entusiasmado —respondo.

Se ríe.

—Mañana empiezas, ¿no?

—Sí.

—Pensaré en ti.

—Gracias.

—Tu hermana te echa de menos.

—Cada vez mientes mejor.

Se vuelve a reír. Yo sonrío en silencio. La ausencia de palabras nos deja pensar en el efecto mariposa. Ella se pregunta si algún día pasará algo en mi vida que le permita ir al bar del pueblo y contar lo orgullosa que está de mí. Yo me pregunto qué probabilidades había de que mis padres hicieran el amor aquel día y a aquella hora para que veinte años más tarde yo esté escondido en este baño.

—Suerte mañana, ¿vale? —susurra con cariño.

—Vale.

—Bueno... te dejo tranquilo.

—Gracias por llamar.

—Te quiero. Y suerte mañan...

Cuelgo.